

## Capítulo XCI.

Retrocedamos un poco.

Algunos meses antes de los sucesos que acabamos de referir, Hernan Cortés, que sabia que la pasión dominante del emperador Carlos V era la avaricia, le decia en uno de los despachos que le dirigió, entre otras cosas, las siguientes:

»Segun las noticias que he podido adquirir, hácia la parte Sur de la Nueva España deben existir las ricas islas de la Especería

»Si vuestra majestad fuese servido, yo iria, ó mandaria á descubrirlas, con tal armada que compitiese con la de cualquiera potencia, aun con la que allí tuviese el rey de Portugal, dado caso de que fuera cierta la noticia de que este monarca se hubiera

anticipado á la empresa para cuya realizacion suplico la vénia de vuestra majestad.

»Tal vez me engañe el buen deseo; pero creo que lograria extender por aquella parte los dominios de vuestra majestad, no sólo para rescatar las especias y otras majaderias de valor que tienen, sino para apoderarme de ellas y mandarlas á Castilla.

»Además, levantaria fortalezas y poblaria de españoles toda la demarcacion que ocupaban dichas islas, y en breve la corona, que para bien de sus leales vasallos ciñe á sus reales sienes vuestra majestad, podría añadir, como otros tantos flórones, pueblos y provincias tan importantes como las de Gilobo, Bornei, entrambas de Jabas, y Zamotra, Malaca y toda la costa de la China.»

El monarca español, á pesar de la oposicion que encontró en sus consejeros, aprobó el proyecto de Hernan Cortés.

Por real cédula de 20 de Junio de 1526 le autorizó para emprender aquella nueva expedicion, concediéndole el titulo de adelantado de las provincias que conquistase, con todos los derechos y prerogativas anejas á este cargo.

Esta autorizacion la recibió el ilustre caudillo precisamente en los momentos en que se hallaba enfermo Marcos de Aguilar, y aunque su ánimo era emprender el viaje, sus amigos le aconsejaron que no debía apartarse de Méjico en aquellos momentos.

Así, pues, mandó á buscar los navíos que tenia en Zacatula, y en cuanto llegaron á Méjico, con la acti-



vidad que le distinguia ordenó lo necesario para que inmediatamente se cumplieran los deseos del monarca.

Tres navíos se botaron al agua con este objeto.

A bordo de la nao capitana, y que tenia por nombre *Florida*, fueron cincuenta españoles.

En otra llamada *Santiago*, como recuerdo de los triunfos que por su mediacion se habia obtenido, se embarcaron otros cuarenta y cinco españoles.

Finalmente, en un bergantin iban quince, tambien españoles.

Al mando del *Santiago* iba el entendido capitan Luis de Cárdenas, natural de Córdoba.

Los quince tripulantes del bergantin iban á las órdenes del no ménos inteligente capitan Pedro de Fuentes, nacido en Jerez de la Frontera.

Entre las tres embarcaciones reunian treinta cañones, é iban abundantemente abastecidas de provisiones para un viaje, cuya duracion no podia precisarse.

Como jefe de esta pequeña escuadra, nombró el ilustre caudillo á su pariente el capitan Alvaro de Saavedra Ceron, el cual se dió á la vela el dia de Todos los Santos.

Anduvo dos mil leguas, segun el cálculo de los pilotos, aunque por derecha navegacion hay mil y quinientas solamente.

En la travesía sufrieron un fuerte vendaval los expedicionarios.

La carabela *Santiago* y el bergantin que manda-

ba Fuentes, impulsados por el viento, fueron á parar á un archipiélago situado á unos once grados de aquella línea equinoccial.

Era precisamente el dia 6 de Enero cuando ocurrió ese incidente, y con este motivo dieron á las islas el nombre de los Reyes.

Los que las poblaban, llamaron extraordinariamente la atencion de los náufragos.

«Los hombres, como dice el historiador de donde tomamos estos detalles, eran crecidos de cuerpo, carilengos, morenos y muy bien barbados.

»Llevaban el cabello largo, usaban cañas por lanzas, hacian esteras muy primorosas de palma, que de lejos parecian oro.

»Su traje se reducía á una especie de delantal, tambien de palma.»

Desde las islas de los Reyes, pasaron á Mindanao y Bizaya, situadas á ocho grados de aquellas.

Abundaban en ellas las minas de oro, y vieron tambien mucho ganado de cerda, gallinas y pan de arroz.

«Lo que más les extrañó, fué que las mujeres, aunque muy hermosas, eran negras, y los hombres blancos (1).»

Estos llevaban el cabello largo.

Las armas de que se servian para la guerra, eran alfanjes de hierro, cañones, flechas muy largas,

(1) Francisco Lopez de Gomara.—*Historia de la conquista de Méjico.*



cerbatanas, en que tiraban con yerba, coseletes de algodón y corazas de escamas de peces.

Muchas de estas armas indicaban que la civilización empezaba á extenderse por aquellos países; pero esta idea se destruía completamente al considerar que los habitantes eran idólatras, que sacrificaban muchos hombres en aras de su dios Anito, y para confirmar la paz bebían sangre de aquel con quien la pactaban.

Las noticias que tenía Hernan Cortés respecto de aquel territorio, eran exactas.

Los portugueses se habían apoderado de ellas, y por lo tanto eran los únicos dueños de ellas, y los que las explotaban.

Apenas arribaron los españoles, salió á su encuentro Fernando de la Torre y se expresó con ellos de esta manera.

—Regresad á vuestra patria; —les dijo; —supongo que Hernan Cortés, cegado por la soberbia, embriagado por los triunfos que hasta ahora ha conseguido sobre hordas salvajes, sin los elementos que la civilización proporciona para defenderse de cualquiera invasión, se habrá figurado que también iba á apoderarse de estas islas. Está completamente equivocado. Hace más de un año que nosotros las descubrimos, y hemos adoptado precauciones para que ninguna nación pueda arrebatárnoslas.

—No prosigais, —dijo Pedro de Fuentes:—tened entendido que los españoles saben morir luchando; pero jamás desisten de una empresa, por arriesga-

da que sea, si ella ha de proporcionar gloria á su patria.

—No sois el primero de vuestra nación que se ha expresado con tanta arrogancia; pero á fé mia, bien cara pagó su audacia. Poco despues de descubrir nosotros este archipiélago, trató también de disputarnos la conquista un caballero español, comendador de San Juan, cuyo nombre no recuerdo. Nos esforzamos en disuadirle de su intento; pero se obstino tanto, que llegó hasta insultarnos, y al fin y al cabo no tuvimos más remedio que darle su merecido. El y los que le acompañaban fueron ahorcados, y supongo que no deseareis imitarle.

Así, pues, os aconsejo que volvais por donde habeis venido, porque si tratais de probar fortuna por estos mares, desde luego os anuncio que ha de seros adversa.

Pedro de Fuentes no pudo ménos de comprender que sería una temeridad emprender una lucha, en la que la victoria sería de los portugueses, atendidas las fortalezas que habían construido y la superioridad de las fuerzas con que contaban.

Se retiró, pues; pero aún no se dió por vencido.

Tomó el rumbo de Malaca, y al llegar allí cayeron él y todos los que le acompañaban en poder de otro portugués, llamado Jorje de Castro.

Dos años permanecieron en un castillo, y en este tiempo murieron casi todos.

De los que les sobrevivieron y de los que tripu-



laban la canoa capitana de aquella pequeña escuadra, no volvió á saberse.

En esto paró la armada que Hernan Cortés envió á la Especería.

Volvamos de nuevo á Méjico.

---

## Capitulo XCII.

---

El descontento comienza á manifestarse de nuevo entre los partidarios de Cortés.

No podian conformarse los partidarios del ilustre caudillo con que el nuevo gobernador Estrada monopolizase el mando.

—Poco hemos adelantado,—decia uno,—con que se levante el destierro á nuestro caudillo.

—El se obstina en permanecer indiferente á los asuntos de las Indias.

—Indiferente, no; lo que es, que su delicadeza no le permite tomar iniciativa en ninguna cuestion.

—Y es lógica su conducta hasta cierto punto. Acatando la autoridad de Estrada, no puede hacer otra cosa.

—Pues yo creo que debia vencer esa repugnancia y empuñar de nuevo las riendas del gobierno.



—Vasallo leal, quiere obedecer en un todo las resoluciones del monarca.

—Pues ved lo que son las cosas. Yo oreo que sería más leal manifestar á nuestro emperador los peligros que amenazan á la conquista continuando en el mando el ambicioso ex-tesorero.

—Hernan Cortés no ha podido hacer otra cosa. Diferentes veces ha enviado despaches pintando con vivos colores la situacion en que nos hallamos, y al ver el poco aprecio que se ha hecho en la córte de sus indicaciones, no ha querido insistir.

—Pues si él entiende las cosas de este modo,—exclamó uno que hasta entonces habia permanecido silencioso,—yo no soy de su opinion. No se trata ya de una cuestion de amor propio, que cuestion de amor propio es para nosotros que nuestro caudillo ocupe el puesto que de derecho le pertenece, si no de una cuestion de interés general para todos.

—Tiene razon, y por mi parte estoy dispuesto á todo.

—Y yo tambien.

—Si aquí no se dá un golpe decisivo, no vamos nunca á conseguir una situacion estable, duradera, pacífica.

La discusion se iba animando por momentos.

—A mi juicio, debemos ante todo hacer ver al caudillo que no conviene que permanezca pasivo á lo que está sucediendo.

Es preciso que comprenda que Alonso de Estrada no nos perdonará jamás el haberle poco menos

que obligado á levantar su destierro, y que puestos en libertad Salazar y Peralmindez, han de intrigar cuanto puedan en su descrédito.

—Todos los misioneros del mundo no le harán á Hernan Cortés abandonar el estrecho círculo en que se ha encerrado.

—Pues entonces, si desoye la voz de la razon, debemos obrar por nuestra cuenta,—añadió el primero con energia.

Todos se asombraron de la audacia que revelaban estas palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Que antes que seguir obedeciendo á Alonso de Estrada, debemos declararnos en rebelion.

—Eso comprometeria los beneficios que hemos obtenido.

—Reniego de ellos si han de conducirnos á sufrir la tiranía de un aventurero.

—No es español el que así piensa. Ante todo debemos saber sacrificarnos en aras de la patria.

Esta escena hubiera podido tener funestas consecuencias sin la oportuna llegada de Hernan Cortés.

—¿De qué se trata?—preguntó con su afabilidad peculiar.

—¿De qué hemos de tratar?—respondió el más audaz.—De lo que á todos nos interesa, y á vos principalmente; de que no es posible que permanezcáis más tiempo indiferente á la gobernacion de estos dominios.

Hernan Cortés, aunque disculpaba aquel atrevi-



miento por la buena intencion que encerraba en el fondo, no podia ménos de dolerse al ver que subordinados suyos se permitian analizar y discutir su conducta.

Pero dominándose:

—Ya os he manifestado en diferentes ocasiones, —añadió,—las razones en que fundaba mi modo de proceder. El tiempo me dará la razon, si es que está de mi parte.

—Considerad que mientras Estrada continúe gobernando, cada dia será más difícil que volvais á ocupar el puesto que antes teniais, que cada vez será más difícil la hora de la reparacion, de la justicia.

—¿Y qué hacer?

—Emprender el viaje á España, presentarse al monarca y enterarle de cuanto ocurre.

Esta idea halagaba hacia mucho tiempo á Hernan Cortés.

Por más que se manifestaba tranquilo, resignado, sufría, como no podia ménos de suceder, al verse postergado, cuando tantos y tan buenos servicios habia prestado en su larga carrera.

El sufrimiento agobia aun á los corazones más esforzados.

Sólo así se explica que el ilustre guerrero que habia tenido valor para llevar á cabo las más arriesgadas empresas, vacilase á poner en práctica aquella resolucion, única que podia sacarle de la aflictiva situacion en que se hallaba.

—¿Qué os parece la opinion que acabo de formu-

lar?—dijo el que habia propuesto al caudilo que regresara á España.

—La encuentro muy razonable.

—¿De forma que la pondreis en práctica?

—A eso es á lo que no me atrevo.

—Pero ¿por qué?

—Porque tal vez vaya á sufrir un nuevo desengaño.

—No creais semejante cosa. Además, yo en vuestro caso desearia saber á qué atenerme.

—Cierto es que la duda mata; pero la esperanza alienta. Destruida esta, ¿qué le queda al hombre?

Los capitanes y cuantos habian asistido á aquella entrevista, se convencieron una vez más de que nada conseguirian del caudillo.

—¿Es inconcebible lo que sucede á los hombres!—decia uno.—Cortés, cuyo carácter enérgico le hacia salir siempre victorioso, se encuentra de poco tiempo á esta parte en una situacion tal de abatimiento, que no parece ni su sombra.

—Es que en su imaginacion riñen ruda batalla su lealtad á su rey y su amor propio ofendido. Esta lucha debilita sus fuerzas, y su cansancio se traduce en esa inactividad, en esa calma forzosa que se apodera del hombre cuyo espíritu agitan contrarias emociones.

Uno de los que más se habian esforzado para que el inmortal Cortés se decidiese á ir á la corte, se propuso aún ensayar una nueva tentativa.

—Pero lo que he tenido ocasion de ver,—se dijo,



—el respetable religioso nombrado obispo de Tlascala es un santo varon, que se interesó por el triunfo de la justicia, y esto lo ha demostrado ya poniéndose de parte de Cortés. Este, á su vez, respeta mucho al prelado, y no seria extraño que lo que nosotros no hemos conseguido despues de intentarlo tantas veces, lo consiga con la primera indicacion el reverendo. Enterémosle, pues, de lo conveniente que seria para nuestro caudillo su regreso á España, que yo estoy seguro de que si es de nuestra opinion, ha de decidir al caudillo á que adopte ese extremo.

El obispo de Tlascala conferenciaba un momento despues con el capitan á cuyo monólogo hemos asistido, y convencido de lo razonable de aquel proyecto, llamaba momentos más tarde al caudillo para tratar de llevar el convencimiento á su ánimo.

—Me he permitido molestaros,—decia el virtuoso varon,—haciéndome eco de vuestros entusiastas partidarios.

Todos desean que emprendais un viaje á la córte, porque si no adoptais esta resolucion, será difícil que seais atendido como mereceis.

No se me oculta que sufris, no desconozco que en la córte teneis muchos enemigos; pero precisamente estas son razones poderosas para que pongais en práctica ese proyecto.

Y no solamente vuestro viaje seria importante para vos, sino que redundaria en beneficio del mismo emperador y de los asuntos de la Nueva España.

Sentiria equivocarme; pero creo que nuestro mo-

marca, oyendo de vos mismo las conquistas que habeis realizado, los muchos indios que se han convertido á la religion, y al mismo tiempo los peligros que amenaza á estos dominios si no se adoptan medidas enérgicas, á la par que sábias, apreciará en lo que valen vuestros buenos servicios, y os hará las mercedes á que os habeis hecho acreedor por mil conceptos.

Hernan Cortés, no atreviéndose á negarse á un consejo tan respetable, que al mismo tiempo coincidia con el de sus más entusiastas partidarios, buscó una evasiva que le permitiese prolongar la ejecucion del proyecto.

—Agradezco sinceramente á vuestra eminencia el cariñoso interés que demuestra en mi favor, y sus elocuentes palabras me deciden á llevar á cabo ese viaje. Pero antes séame permitido realizar la idea de poblar el territorio que baña el rio de las Palmas. Dicen que hay allí ricas minas de plata, y desearia aumentar este dato á los muchos que contiene la Memoria que estoy escribiendo, y que en su dia he de poner en las reales manos de nuestro augusto monarca.

El reverendo aprobó la idea, y Hernan Cortés se felicitó por haber hallado un medio, que sin negarse abiertamente á poner en práctica la indicacion del prelado, le permitiese aplazar su cumplimiento.

Una circunstancia, sin embargo, le resolvió á abandonar aquellos lejanos paises.

Veamos lo que sucedió.